

Y en la llanura lóbrega y sombría
 Abre con su carrera acelerada
 Un surco de brillante argentería

La luna, entonces, hasta aquí velada,
 Súbita brota en el zafir desnuda,
 Brillando en alta mar: Mi alma agitada
 Pensando en Dios, la inmensidad saluda.



LIBRO II.

—

A UNA SOMBRA

—

AL PIE DEL ALTAR

TRANSEAT A ME CALIX ISTE,

Vengo á tu templo con la faz sombría
 Y con el alma enferma de pesar,
 Buscando alivio en la desgacia mía
 Junto á la yerta losa de tu altar,

—

Jamás te importuné con mis plegarias;
Sufría. . . y nada te pedí, Señor:
Yo he gemido en mis noches solitarias
Devorando en silencio mi dolor.

—
Pero hoy no puedo más. . . hoy sí te pido
Que termines clemente mi sufrir;
Un siglo de pesar mi vida ha sido,
Es mi esperanza única, morir.

—
No me aguarda en el mundo sino llanto,
Miseria, desengaño padecer,
Eterno desamor, tenaz quebranto,
Soledad y tristeza por do quier.

—
Yo no tengo ya objeto en mi camino,
La estrella de mi norte se eclipsó;
Voy cual desierto buque sin destino,
Que horrible temporal despedazó.

—
Tú no querrás que viva encadenado
A una existencia desdichada así,
Por el triste recuerdo atomentado
De la dulce esperanza que perdí.

Ya basta de sufrir; tras largos días
De pesar silencioso y hondo afán,
Siento acabarse ya las fuerzas mías,
Secas las fuentes de mi llanto están.

—
Tú que concedes á otros en el mundo
Honores, bienestar, oro y poder,
Ten compasión de mi pesar profundo,
Concédeme la dicha de *no ser*.

—
¿He de apagar cuál bárbaro homicida
La luz que anima mi existir, Señor?
Jamás lo intentaré tuya es mi vida. . .
¡Pase de mí este cáliz de dolor!





EN SU TUMBA

Ut flos ante diem flebilis occidit.

Ayer la ví brotar fresca y lozana
Como una flor que acarició la aurora,
Cuando al primer albor de su mañana
El puro cáliz de su pecho abrió.

Hoy de la muerte á la fiereza impía
Mi pobre virgen se agostó por siempre,
Como la débil flor que al medio día
Sobre su tallo mústio se dobló.



PENSANDO EN ELLA

*"For why should we mourn
for the blest?"*

BYRON.

¿Por qué tanto suspiro y duelo tanto?
¿Por qué verter á su recuerdo el llanto;
¡Oh, alma mía! si tus ojos ven
Entre las nieblas del pesar profundo,
Que un condenado hay menos en el mundo,
Y un arcángel hay más en el Edén?

¿No ves cruzar la imagen de tu amada,
Pura y feliz, la bóveda azulada
Por do las nubes y los astros van?

Altamirano.—8.

¿No ves de tu semblante los destellos?
 ¿Por qué afigirte entonces por aquellos
 Que ya en la luz del paraíso están?

Mírala ya en el cielo: hasta su planta
 En tus horas más lúgubres levanta
 Tu esperanza cristiana y tu oración.
 Y que renazcan de tu fe las flores:
 Ella vela por tí; sufre, y no llores,
 No llores más, mi pobre corazón.

1858



AL XUCHITENGO

¡Oh, Dios! ¿quién me diera volver á esos días
 De goces tranquilos y sueños de amor,
 Y allí en tus riberas azules y umbrías,
 Dormir escuchando tu dulce rumor?

¡Qué pronto pasaron mis horas risueñas,
 Mis blancas visiones, mis noches de paz!
 ¡Qué pronto pasaron hiriendo halagüeñas
 Mi pecho, á su paso, con dicha fugaz!

Tristísima invoca venturas pasadas
 El alma doliente que gime sin fé;
 Tristísimas buscan mi yertas miradas
 Allí entre tus bosques al ángel que amé.

Tú fuiste de amores felices, testigo;
 Mi Carmen, tus playas ardientes pisó:
 Su voz escuchaste, tú fuiste su amigo,
 Tu linfa su imagen divina espejó.

Porque ella buscaba tu lecho de flores
 Que anima el aliento de un Mayo eternal,
 Y el búcaro tibio de blandos olores
 Que suave acaricia tu limpio cristal

¡Qué tardes hermosas allí en tus riberas;
 Qué dulce es el rayo del sol junto á tí!
 ¡Qué sombras ofrecen tus verdes mangueras,
 Qué alfombras de césped se extienden allí!

La flor del naranjo la brisa embalsama,
 Los nardos perfuman el bosque también;
 El mirto silvestre su aroma derrama,
 Y el plátano esbelto refresca la sien.

¡Oh río! mi historia de dicha tú vistes,
 Allí en tus riberas borrada estará.....
 Vinieron mis tiempos borrados y tristes,
 Aquella divina mujer.....¡murió ya!

Tan sólo me queda la dulce memoria
 De aquel desdichado, tiernísimo amor,
 Cual vago reflejo de pálida gloria,
 Cual de astro que pasa fugaz esplendor.

¿Te acuerdas? yo iba las flores cogiendo
 Más frescas y puras, en pos de mi bien,
 Y ella guirnalda hermosas tejiendo,
 Que luego adornaban su cándida sien.

¡Oh! si, ¡cuántas veces con rojas verbenas
 Los negros cabellos joyantes trenzó,
 Y al ver en tus linfas azules, serenas,
 Su imagen tan bella, contenta sonrió!

Aun nacen las rosas aquí en tus riberas,
 Aun cantan las aves sus himnos quizás,
 ¡Aun todo contento respira.....y ¿mi amada?
 No puedes volvérmela, no, murió ya!

Sin ella, ¿qué vales, qué ofreces, oh río?
 ¿Qué vale ni el mundo, ya muerto el amor?
 No busco ya sólo, tu encanto sombrero,
 ¡Oh! déjame léjos, llevar mi dolor.

¡Oh Dios! ¿quién me diera volver á esos días
De goces tranquilos y sueños de amor,
Y allí en tus riberas azules y umbrías,
Dormir escuchando tu dulce rumor?

1858.



RECUERDOS.

(A MI MADRE)

Se oprime el corazón al recordarte,
Madre, mi único bien, mi dulce encanto;
Se oprime el corazón y se me parte,
Y me abraza los párpados el llanto.

Lejos de tí y en la orfandad, proscrito,
Verte nomás en mi delirio anhelo;
Como anhela el precito
Ver los fulgores del perdido cielo.

¡Cuánto tiempo, mi madre, ha trascurrido
Desde ese día en que la negra suerte
Nos separó crüel!. . . . ¡Tanto he sufrido
Desde entonces, oh Dios, tanto he perdido,
Que siento helar mi corazón la muerte!

¿No lloras tú también ¡oh madre mía!
 Al recordarme, al recordar el día
 En que te dije adiós, cuando en tus brazos
 Sollozaba infeliz al separarme,
 Y con el seno herido, hecho pedazos,
 Aun balbutí tu nombre al alejarme?

Debiste llorar mucho. Yo era niño
 Y comencé á sufrir, porque al perderte
 Perdí la dicha del primer cariño.

Después, cuando en la noche solitaria
 Te busqué para orar, sólo vió el cielo,
 Al murmurar mi tímida plegaria,
 Mi profundo y callado desconsuelo.

Era una noche oscura y silenciosa,
 Sólo cantaba el buho en la montaña;
 Sólo gemía el viento en la espadaña
 De la llanura triste y cenagosa.

Debajo de una encina corpulenta
 Inmóvil entonces me postré de hinojos,
 Y mi frente incliné calenturienta.

¡Oh! ¡cuánto pensé en tí llenos los ojos
 De lágrimas amargas! la existencia!
 Fué ya un martirio, y erial de abrojos
 El sendero del mundo con tu ausencia.

Mi niñez pasó pronto, y se llevaba
 Mis dulces ilusiones una á una;
 No pudieron vivir, no me inspiraba
 El dulce amor que protegió mi cuna.

Vino después la juventud insana,
 Pero me halló doliente caminando
 Lánguido en pos de la vejez temprana,
 Y las marchitas flores deshojando
 Nacidas al albor de mi mañana.

Nada gocé; mi fe ya está perdida;
 El mundo es para mí triste desierto;
 Se extingue ya la lumbre de mi vida,
 Y el corazón, antes feliz, ha muerto.

Me agito en la orfandad, busco un abrigo
 Donde encontrar la dicha, la ternura
 De los primeros días; — ni un amigo
 Quiere partir mi negra desventura.

Todo miro al través del desconsuelo;
 Y ni me alivia en mi dolor profundo
 El loco goce que me ofrece el mundo,
 Ni la esperanza que sonríe en el cielo.

Abordo ya la tumba, madre mía,
 Me mata ya el dolor. voy á perderte,
 Y el pobre sér que acariciaste un día
 Presa será temprano de la muerte!

Cuando te dije adiós, era yo niño:
Diez años hace ya; mi triste alma
Aún siente revivir su antigua calma
Al recordar tu celestial cariño.

Era yo bueno entonces, y mi frente
Muy tersa aún tu ósculo encontraba. . . .
Hace años, de dolor la reja ardiente
Allí dos surcos sin piedad trazaba.

Envejecí en la juventud, señora;
Que la vejez enferma se adelanta,
Cuando temprano en el dolor se llora,
Cuando temprano el mundo desencanta
Y el iris de la fe se descolora

Cuando contemplo en el confín de cielo,
En la mano apoyando la mejilla,
Mis montañas azules, esa sierra
Que apenas á vislumbrar mi vista alcanza,
Díós me manda el consuelo,
Y renace mi férvida esperanza,
Y me inclino doblando la rodilla,
Y adoro desde aquí la hermosa tierra
De las altas palmeras y manglares,
De las aves hermosas, de las flores,
De los bravos torrentes bramadores,
Y de los anchos ríos como mares,
Y de la brisa tibia y perfumada
Dó tu cabaña está mujer amada.

Ya te veré muy pronto madre mía;
Ya te veré muy pronto, ¡Dios lo quiera!
Y oraremos humildes ese día
Junto á la cruz de la montaña umbría
Como los años de mi edad primera.

Olvidaré el furor de mis pasiones
Me volverá rientes una á una
De la niñez las dulces ilusiones,
El pobre techo que abrigó mi cuna.

Reclinaré en tu hombro mi cabeza
Escucharás mis quejas de quebranto,
Velarás en mis horas de tristeza
Y enjugarás las gotas de mi llanto.

Huirán mi duda, mi doliente anhelo.
Recuerdos de mi vida desdichada;
Que allí estarás, ¡oh ángel de consuelo!
Pobre madre infeliz. . . madre adorada!

México.—1858.





EN LA MUERTE DE CARMEN.

In aeternum vale.

¡Tanto esperar! . . ¡tanto sufrir, y en vano!
¡Morir las ilusiones tan temprano!
¡Tanta oración perdida y tanto afán!
Así despues de bárbaras fatigas,
Ve el labrador quebrarse sus espigas
Al sopro destructor del huracán!

¿Conque es verdad, Señor? Después de tanto
Suspirar por un bien, en el quebranto
De mi lánguida y mísera niñez,
Cuando una dicha me aparece apenas,
De Tántalo al martirio me condenas
Y te enfureces contra mí otra vez?

¿Qué te hecho yo criatura desdichada
Que arrastro una existencia envenenada
Por el amargo filtro del dolor;

Para que tú, Dios grande omnipotente,
Así descargues en mi débil frente
Los golpes sin cesar de tu furor?

—
¿Mi delito es vivir? Tú lo quisiste.
¡Ay! Tú me has dado la existencia triste
Que me tortura y que me cansa ya,
Tú que otros seres al placer destinas
Una corona dísteme de espinas
Que el corazón despedazando va.

.....
—
Si blasfemo ¡perdón! En mi martirio
El corazón se abrasa, y el delirio
Trastorna mi cerebro, sí; ¡piedad!
Soy un amante triste y desolado,
El astro de mis dichas ha eclipsado
Con su negro capuz la eternidad.

—
¡Corred!.....¡oh!.....¡más corred, lágrimas mías
¡Ya se apagó la antorcha de los días
De mi nublada y pobre juventud!
Una mujer, un ángel de consuelo
Fugaz me apareció.... y eterno duelo
Dejóme al ocultarla el ataúd.

Miradla inerte....¿comprendéis ahora,
Almas que habéis amado, por qué llora
Con lágrimas de sangre el corazón?

¿Sabéis lo que es una mujer querida
Cuyo amor alimenta nuestra vida?
¿Sabéis lo que es perderla? ¡Maldición!

—
Es ¡ay! perder, el que cansado vaga,
La única linfa que su sed apaga
Del desierto en el tórrido arenal.

Es ¡ay! perder el pobre condenado
Que cruzara este mundo, desdichado,
La esperanza en la vida celestial.

—
Esa mujer me amó, mis años lentos
De soledad, de hastío, de tormentos,
Por ella, por su amor sólo olvidé
Era mi Dios, mi pecho solitario
Fué de su imagen perennal santuario;
Como á Dios adoraba, la adoré.

—
Cambióse el mundo, para mí sombrío,
Cuando me apareció, bello ángel mío,
Riente, puro, dulce, encantador,
Con su mirada lánguida y ardiente,
Con el pudor divino de su frente
Y con su seno trémulo de amor.

Azucena purísima y lozana
Abriéndose al calor de la mañana,
Al beso del cefir primaveral.

¡Oh! ¿quién dijera que secar podría
Aun antes de llegar á medio día
El sol su cáliz, blando y virginal?

¡Mujer, adiós! ¿podiera yo animarte
Con mi ósculo de fuego y contemplarte
Apasionada y tierna sonreír!

¡Verte, en tu seno derramar mi lloro,
Y jurarte de nuevo que te adoro,
Y á tus plantas después, mi bien, morir!

Angel, adiós. . . . tu alma refulgente
Brilla á los pies del Dios omnipotente,
Y amante aún me mira desde allí,
Cuando el Señor sonría á tus caricias,
Y te arrebatte en célicas delicias,
Angel. . . . mi amor, acuérdate de mí.

Y cuando cruces el azul del cielo,
Nunca te olvides de inclinar tu vuelo
A este lóbrego mundo de dolor.

Yo te veré, yo seguiré tus huellas
Entre el blanco vapor de las estrellas,
Y de la luna al pálido fulgor.

Yo invocaré tu imagen bienhechora
Para que me consuele en esa hora
De silencio solemne y de quietud.

Porque ¡ay! entonces turbarán mi calma
Las negras tempestades de mi alma,
Reliquia de mi triste juventud.

Yo escucharé tu voz en la armonía
De la floresta al despuntar el día,
De las palmas al lánguido vaivén.

Y en la callada tarde solitaria,
Cuando murmure triste mi plegaria
En el Ocaso te veré también.

Del mundo en la borrasca tenebrosa
Tu sublime mirada esplendorosa
Será la estrella que me guíe, mi luz,
Y en mis impías horas de demencia,
El fuego iré á encender de mi creencia
De tu sepulcro en la escondida cruz.

¡Adiós, ángel, adiós! en mi tormento
Mi existencia será sólo un lamento;
Mas con tu dulce imagen viviré.

¡Adiós, sueños rosados, dulces horas,
Dulces como el placer y engañadoras!
¡Adiós, mi amor y mi primera fé!